

En tierra de ¿nadie? Manuel Portela Valladares y el republicanismo liberal en la Guerra Civil española

In "no-man's?" land: Manuel Portela Valladares and liberal
republicanism in the Spanish Civil War

Pilar Mera-Costas
Universidad Complutense de Madrid
mpmera@ucm.es

Resumen: Manuel Portela Valladares comenzó 1936 presidiendo el Gobierno de la Segunda República y lo terminó exiliado en Francia. Con setenta años y una larga carrera política a sus espaldas, se enfrentaba por primera vez a una guerra. Una guerra de cuyos contendientes se sentía lejano, no sólo porque no compartía sus planteamientos y su comportamiento en retaguardia, sino también porque ninguno fue capaz de garantizar su seguridad personal mientras ambos incautaban sus bienes. Así, Portela se encontró en los primeros compases del conflicto exiliado por obligación y en tierra de nadie, aunque su situación personal y su compromiso con la defensa de la República se fue clarificando con el paso de los meses. Partiendo de estas premisas, el objetivo de este trabajo es reconstruir la experiencia bélica de Manuel Portela Valladares: su persecución, su huida, sus dudas iniciales, el difícil acomodo que su posición centrista le planteaba en uno y otro bando, su apuesta definitiva por los republicanos y su defensa de la mediación internacional como estrategia para fortalecer las opciones de victoria.

De este modo y a través del relato y el análisis de una experiencia personal, el artículo ejemplifica las dificultades, persecuciones, peligros e incomprensiones que sufrieron los republicanos liberales tras el estallido de la Guerra Civil. Políticos e intelectuales cuya ideología se ubicaba entre el centro izquierdo y el centro derecha, firmes defensores de la democracia parlamentaria y enemigos de los regímenes autoritarios, que tras el golpe de Estado y el conflicto civil subsiguiente se encontraron sin espacio, perseguidos por los extremos, con su vida en peligro y atrapados en un mundo en el que su manera de entender la política parecía no tener ya cabida. Este espacio intermedio y fluctuante ha recibido, en ocasiones, la denominación de Tercera España, un concepto de presencia intermitente que pese a las posibilidades que ofrece está todavía pendiente de una definición historiográfica sólida y que va más allá de una pequeña minoría de intelectuales que se abstuvo de la guerra, englobando a una amplia nómina de demócratas que, desde el exilio o el

interior de España, siguió defendiendo en sus escritos y en sus acciones los valores de la democracia liberal.

Palabras clave: Manuel Portela Valladares, Guerra Civil española, republicanismo liberal, Tercera España, biografía

Abstract: Manuel Portela Valladares began in 1936 presiding over the Government of the Spanish Second Republic and ended up in exile in France. With seventy years and a long political career behind him, he was facing a war for the first time. A war whose contenders felt distant, because not only they did not share their political approaches and their behavior in the rear-guard, but also because none was able to guarantee their personal safety, while both sides seized their property. Thus, Portela was in the early stages of the conflict exiled by obligation and in no man's land, although his personal situation and his commitment to the defense of the Republic was clarified over the months. Starting from these premises, the objective of this work is to reconstruct the war experience of Manuel Portela Valladares: his persecution, his flight, his initial doubts, the difficult accommodation that his centrist position posed him in one and another side, his definitive bet for the Republicans and his defense of international mediation as a strategy to strengthen victory options.

In this way and through the story and the analysis of a personal experience, the article exemplifies the difficulties, persecutions, dangers and misunderstandings suffered by the liberal republicans after the outbreak of the Spanish Civil War. Politicians and intellectuals whose ideology was located between the center left and the center right. Firm defenders of the parliamentary democracy and enemies of the authoritarian regimes, that after the coup d'etat and the subsequent civil conflict were without space, persecuted by the extremes, with his life in danger and trapped in a world in which his way of understanding politics seemed to have no place. This intermediate and fluctuating space has received, on occasion, the name of Third Spain. A concept of intermittent presence that despite the possibilities it offers, is still pending a solid historiographic definition, and that goes beyond a small minority of intellectuals who abstained from the war, encompassing a wide range of democrats who, from exile or inside Spain, continued defending the values of liberal democracy in their writings and actions.

Keywords: Manuel Portela Valladares; Spanish Civil War; Liberal Republicanism; Third Spain; Biography.

Para citar este artículo: Pilar MERA-COSTAS: "En tierra de ¿nadie? Manuel Portela Valladares y el republicanismo liberal en la Guerra Civil española", *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 36-60.

Recibido: 25/01/2018

Aprobado: 01/03/2018

En tierra de ¿nadie? Manuel Portela Valladares y el republicanismo liberal en la Guerra Civil española

Pilar Mera-Costas
Universidad Complutense de Madrid

Introducción

A lo largo del siglo XX, los intelectuales españoles han contado la historia de España a través de relaciones bipolares de bandos enfrentados. La «España muerta, hueca y carcomida» frente a la «España nueva, afanosa, aspirante, que tiende hacia la vida», de José Ortega y Gasset.¹ Las heladoras del corazón a las que cantaba Antonio Machado. Liberales ilustrados frente a católicos tradicionales. Republicanos frente a franquistas. Vencedores y vencidos... Sin embargo, la arquitectura de dos frentes bien delimitados, homogéneos y sin vasos comunicantes entre uno y otro se resiente a la primera aproximación que intente definirlos, especialmente si esa aproximación se hace desde una perspectiva prosopográfica. Incluso en un contexto como el de una guerra, con el enfrentamiento real de dos bandos en lucha, no sólo resulta difícil describir un panorama homogéneo, sino también colocar de manera natural en uno de ellos a un buen número de personajes y también de sectores políticos, sociales y culturales. Si bien en buena medida la mayor parte de ellos acabó optando por un bando, pues la neutralidad es una opción poco viable en una guerra civil, la mayoría mantuvo puentes entre ambos y no acabó de sentirse cómodo en ninguna de las posiciones.²

Este espacio intermedio y fluctuante ha recibido, en ocasiones, la denominación de Tercera España, un concepto de presencia intermitente que pese a las posibilidades que ofrece está todavía pendiente de una definición historiográfica sólida. Quizás la más completa hasta el momento es la ofrecida por Paul Preston, que en su uso ha ido más allá de los ejemplos clásicos, algunos discutidos, de una pequeña minoría de intelectuales que optaron por «abstenerse de la guerra»: Salvador de Madariaga, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón o Ramón Pérez de Ayala. Preston incluye también a políticos centristas que no participaron en el conflicto, como Alejandro Lerroux o el expresidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, pero va más allá, ampliando el espectro a «un reducido grupo de exiliados y a grandes sectores de ambos bandos durante la contienda». Una nómina que inicia con uno de los ejemplos más evidentes: el del político gallego Manuel Portela Valladares.³

¹ José ORTEGA Y GASSET: «En defensa de Unamuno», *Obras completas*, vol. X, Madrid, Alianza y *Revista de Occidente*, 1986, p. 266.

² José María NIN DE CARDONA: «La oratoria política de Ortega y Gasset», *Revista de Estudios Políticos*, 195-196 (1974), pp. 239-254; Santos JULIÁ: *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2005.

³ Paul PRESTON: *Las tres Españas del 36*, Madrid, Plaza y Janés, 1998, pp. 15-16.

Liberal de larga trayectoria política, Portela fue diputado, gobernador civil y ministro de Fomento durante la Restauración. Se opuso al golpe de Primo de Rivera y, tras la caída de la dictadura, se convirtió en uno de los llamados *viudos de la monarquía*, políticos liberales que desde la defensa del orden, el consenso y las prácticas parlamentarias transitaron hacia el republicanismo abrazando su causa. Durante la Segunda República, Portela no sólo fue de nuevo diputado, sino que ocupó los puestos más importantes de su vida pública: el Gobierno General de Cataluña, el Ministerio de la Gobernación y la Presidencia del Consejo de Ministros. Fue el encargado de gestionar las elecciones de febrero de 1936, en las que encabezó un proyecto de partido de centro cuya misión era atemperar la progresiva polarización política y lograr consolidar así, el régimen republicano. El resultado electoral fue más pobre de lo que esperaba, pero su negativa a respaldar un golpe de Estado que lo mantuviese al frente permitió la entrada de Manuel Azaña y los republicanos de centro izquierda en el Gobierno. Con estos antecedentes, la situación que se desató tras el golpe de 1936 lo dejó, de entrada, huérfano de referentes, alejado tanto de la política militar como de los proyectos revolucionarios. A los setenta años, se enfrentó por primera vez a una guerra en la que su posición le daba, al menos inicialmente, un difícil acomodo. Por ello, la reconstrucción y análisis de su experiencia personal a lo largo de estas páginas permitirá describir y ejemplificar las dificultades que atravesaron durante la Guerra Civil los republicanos liberales, aquellos exmonárquicos que se convirtieron en republicanos a fuer de defensores de la democracia liberal, en un momento en el que su manera de entender el parlamentarismo y la política parecía no tener ya cabida.⁴

El camino previo. Julio de 1936

Portela comenzó el mes de julio con la resaca victoriosa y entusiasta del referéndum del estatuto de autonomía de Galicia, al que tanto él como su periódico, el diario vigués *El Pueblo Gallego*, habían apoyado de manera intensa. Pero la alegría no duró demasiado. La euforia de ambos y el protagonismo que el periódico dedicó tanto al resultado como a sus consecuencias se vieron empañados por una noticia que sacudió el panorama político: la de los asesinatos consecutivos del teniente Castillo, el 12 de julio, y el líder de Renovación Española, José Calvo Sotelo, el día 13. Para *El Pueblo Gallego* estas muertes encadenadas eran un presagio trágico de guerra contra el que había que luchar.⁵

La Diputación Permanente de las Cortes se reunió el 15 de julio para analizar la gravedad de la situación y las posibles consecuencias. Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, encabezó una sesión a la que asistió Portela, como representante del Partido de Centro. Junto a ellos, los demás diputados que integraban la Diputación: Luis Fernández Clérigo, Marcelino Domingo, Leandro Pérez Urría, Emilio Palomo y Pedro Vargas, de Izquierda Republicana;

⁴ Pilar MERA COSTAS: *Monárquico. Republicano. Liberal. Biografía política de Manuel Portela Valladares*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2016.

⁵ *El Pueblo Gallego*, 14 de julio de 1936, p. 1.

Indalecio Prieto, Julio Álvarez del Vayo y Luis Araquistain, del PSOE; José María Gil Robles, Geminiano Carrascal y Rafael Aizpún, de la CEDA; Pedro Corominas y José Tomás Piera, de Esquerra Republicana de Cataluña; Juan Ventosa, de la Lliga Catalana; Pedro Rico López, de Unión Republicana; José María Cid, del Partido Agrario; José Díaz Ramos, del Partido Comunista, y Fernando Suárez de Tangil, de Renovación Española. En representación del Gobierno, el ministro de Estado, Augusto Barcia, y el de la Gobernación, Juan Moles.⁶

La sesión fue tensa y grave. La primera intervención le correspondió a Suárez Tangil, quien leyó una declaración sobre la posición adoptada por el Bloque Nacional tras el asesinato de su líder que acusaba directamente al Gobierno y a las izquierdas. «Nosotros no podemos convivir un momento más con los amparadores y cómplices morales de este acto», proclamó, manifestando que esto suponía un cambio en la actitud de su grupo, que mantenía sus ideales y su deber de «salvar a España», pero se alejaba del Congreso. Augusto Barcia, respondió a las acusaciones del conde de Vellellano defendiendo la inocencia del gabinete. Gil Robles, en la misma línea que Suárez Tangil señaló la responsabilidad del gabinete con extrema dureza. «La sangre de Calvo Sotelo está sobre vosotros y no os la quitaréis nunca, sobre vosotros y sobre la mayoría», anunciándoles que recogerían lo sembrado y que la violencia que habían desatado se volvería contra ellos. También Prieto defendió al Gobierno, doliéndose por la muerte del diputado de Renovación Española, pero también por la de otros, como Luis Sirval, a quienes Gil Robles no recordaba, reprochándole que entonces no hubiera tomado la misma actitud y en lugar de corregir los excesos de su entorno, los hubiese aprobado. Por ello, en su opinión, no tenía «derecho a creer sus manos totalmente limpias y pulcras mientras porfía por enfangar las de los demás».

Las intervenciones se convirtieron en un cruce de acusaciones apasionadas, y dolidas, que más que al acuerdo, parecían tender a la asunción del desencuentro, alimentando la tensión. Ante esto, Portela Valladares planteó su participación en el debate como una llamada a la calma y a la necesidad de caminar hacia la concordia. Una llamada a la búsqueda del terreno común que dejó una impresión favorable, incluso en un político como Martínez Barrio, quien no sentía especial afinidad por Portela, y que lo reflejó en sus memorias con tono elogioso, destacando la lucidez de sus palabras, «colmadas de razón y prudencia».⁷

Con un discurso pausado, llamó la atención sobre las consecuencias trágicas que sobrevolaban sobre los últimos acontecimientos e instó a los presentes a actuar con responsabilidad, respondiendo a la gravedad de la situación y a la dignidad de su cargo. Recogiendo el análisis de Prieto sobre la situación de España, «inestable, cruda, hiriente, expuesta a la explosión, con el temor en la calle», apuntó a que si se prolongaba de manera permanente, sólo traería «estrage para España y para la República». Si no se cortaba el miedo y la violencia, estos sucesos podían ser el inicio de un nuevo ciclo para el país. Ejerciendo entonces de fiel de la

⁶ El relato de la sesión está tomado de las actas de la misma: *Diario de Sesiones de la Diputación Permanente de Cortes*, núm. 5, 15 de julio de 1936, pp. 1-28.

⁷ Diego MARTÍNEZ BARRIO: *Memorias*, Barcelona, Editorial Planeta, pp. 345-355.

balanza, el papel al que había aspirado para su partido de centro, interpeló a ambos extremos, recordándoles los valores que compartía con unos y otros y conminándolos a su defensa:

Vosotros (dirigiéndose a los ministros y a los diputados del Frente Popular) tenéis el fervor del régimen; yo también lo siento. Vosotros (dirigiéndose a los diputados de la oposición de derechas) tenéis el fervor de la patria. ¿No os preocupa la patria? ¿No la habéis de poner, en estos momentos de gravedad y preocupación, por encima del apasionamiento político? ¿No vale la pena que unos y otros tengamos un momento de detención ante el porvenir, y que en esa situación, hoy tan zozobranante y tan llena de angustias y temores, tratemos de remediarla, y de llevar por otros caminos la vida política de nuestro país? (...)

Creo que podemos luchar y que tenemos un camino común para luchar; creo que por el bien de todos, hasta por egoísmo personal, estamos obligados unos y otros a decir: ¡Alto el fuego!

¿No es posible que llegemos a un punto, no de inteligencia, pero sí de tregua? Pensadlo señores diputados. (...)

Os engañaríais, se engañarían aquellos que creyesen de esta situación de violencia iba a venir la tranquilidad para unos y para otros. Triunfará, momentáneamente, una u otra fracción, después vendrá la reacción del otro lado. Por este camino, nunca habrá paz en España, jamás se podrá considerar fijo y definitivo el triunfo de una de las banderías en lucha, iremos cayendo unos y otros, dejando en estas tristes páginas de la historia los momentos por que estamos atravesando tan dolorosos y tan agudos, dentro y fuera de España; momentos de conmoción, momentos de desequilibrio del mundo, de renacimiento del mundo en que, al venirse abajo los escombros de lo viejo, sepultan a muchos seres. Creo que los que estamos aquí, si nos lo proponemos, podemos llegar a un momento de mayor calma, de mayor aquietamiento, de mayor convivencia.⁸

Su llamada a buscar el terreno común cambió el tono de la sesión. Las siguientes intervenciones, la del catalanista Ventosa y el diputado agrario, José Cid, recogieron la petición de Portela y limitaron su crítica a Casares Quiroga, manifestando su buena intención y su deseo de alcanzar la concordia a la que el centrista apelaba. Pero Gil Robles rompió el encanto y pese a alabar su invocación al sentido patriótico, le recordó que no eran ellos quienes habían alterado el clima de paz. «¿Qué os extraña que las gentes oprimidas estén pensando en la violencia, no para aplastaros a vosotros, sino para librarse de vosotros y de la tiranía con la que los estáis oprimiendo?». Por eso, las izquierdas eran las únicas culpables. Se desvanecía el espejismo de tregua y encuentro a la que Portela había abierto la puerta. La sesión se cerró con una votación sobre la prórroga del estado de alarma, que se interpretó como una prueba de confianza al Gobierno y que se aprobó por trece votos contra cinco, con la abstención de Portela, que se anclaba a la posición intermedia. Preocupado por la evolución de los acontecimientos y por las consecuencias que tendría esta falta de acuerdo, regresó a Barcelona tras la reunión. Allí le sorprendería el golpe de Estado.

⁸ *Diario de Sesiones de la Diputación Permanente de Cortes*, núm. 5, 15 de julio de 1936, pp. 16-17.

El inicio de la Guerra Civil: la huida de Barcelona

Siempre bien informado a través de una extensa y variada red de contactos, Portela tuvo noticias de la sublevación de la guarnición de Marruecos el mismo día 17. El 18 por la tarde, agentes de los cuerpos de orden público que habían estado bajo sus órdenes le avisaron de que corría el rumor de un levantamiento previsto en la ciudad esa madrugada y que se estaban preparando para evitarlo. Salió a la calle para hacerse una idea de lo que estaba sucediendo y comprobó que un retén de unos doscientos guardias de asalto se había apostado en un cruce muy próximo a su domicilio, en la confluencia del Paseo de Gracia con la Diagonal. Regresó a casa al caer la noche, pero inquieto por lo que había visto y por lo que imaginaba al unirlo a lo que le habían contado, a las tres de la mañana ya estaba en pie. Poco después comenzaron los disparos. Tras un par de llamadas telefónicas a sus contactos de Gobernación, averiguó que un grupo de soldados sublevados se había tropezado con otro de guardias de asalto y que después de un tiroteo que se saldó con varios muertos, estos habían conseguido disolverlos. Otro grupo de soldados se unió a las fuerzas de orden público para intentar neutralizar a aquellos de sus compañeros que querían sublevarse. El golpe fracasó y el día 20 la insurrección militar estaba controlada, pero eso no trajo la calma a la ciudad. Se produjeron manifestaciones triunfales por la calle que desembocaron en enfrentamientos, asaltos a casas y edificios oficiales protagonizados por grupos de anarquistas eran continuos. Robos, detenciones arbitrarias sin la garantía de seguridad jurídica, muertes accidentales y no tan accidentales...«Toda señal de autoridad y policía desapareció» y el desorden se apoderó de Barcelona.⁹

Ese desorden, en el que la autoridad policial parecía haberse diluido, suponía un peligro real no sólo para monárquicos o golpistas. Todo elemento que pudiese ser relacionado con la derecha incluso con el centro, aunque llevase el apellido republicano, temía ser detenido, asaltado o asesinado. En medio de ese clima, Portela corría doble peligro. Por un lado, por su condición de conde consorte y por la situación económica desahogada de la que gozaba gracias a su matrimonio con Clotilde de Brías.¹⁰ Por otro, por sus vinculaciones políticas: su pasado monárquico, su etapa de gobernador civil de Barcelona frente al pistolero, con los anarquistas como el objetivo principal de su política de orden público, hasta su experiencia republicana, en la había ocupado la cartera de Gobernación y había compartido gabinete con la CEDA. Todo ello lo convertía en un blanco previsible, sin que su mala relación con Gil Robles, sus enfrentamientos con él para evitar sus intentos de militarizar el orden público o su negativa de amparar con su presidencia un golpe de Estado tras las elecciones de febrero fuesen coartada suficiente para garantizar su seguridad.

⁹ Manuel PORTELA VALLADARES: *Memorias. Dentro del drama español*, Madrid, Editorial Alianza, 1988, pp. 52-55; Abel PAZ: *La guerra de España: paradigma de una revolución. Las 30 horas de Barcelona (julio del 36)*, Barcelona, Flor del Viento, 2005.

¹⁰ Sobre la situación social y económica de Clotilde de Brías y su familia véase: Martín RODRIGO Y ALHARILLA: *Indians a Catalunya: capitals cubans en l'economia catalana*, Barcelona, Fundació Noguera, 2007, pp. 275-276.

Conscientes del peligro que corría, varios amigos de significación izquierdista y nacionalista le habían ofrecido su casa como refugio, pero como el día 22 se despertó con fiebre, prefirió quedarse en su domicilio mientras se recuperaba. Sí aceptó la oferta de la Generalitat de preparar su salida a Francia si la situación de peligro se mantenía. Una decisión que por precaución, desagrado o miedo tomaron a lo largo del verano otros republicanos de centro, como los expresidentes Niceto Alcalá-Zamora y Alejandro Lerroux o la exdiputada Clara Campoamor. La impulsora del voto femenino, por ejemplo, abandonó Madrid en el mes de septiembre y se exilió en Suiza. Durante la primera parte de su viaje, que realizó a bordo de un barco alemán rumbo a Génova, un grupo de falangistas planeó asesinarla y, al no conseguirlo, la denunció a las autoridades fascistas, que la mantuvieron retenida durante varios días. Atacada por sectores de los dos bandos en lucha, Campoamor siguió la guerra desde Lausana con amargura, doliéndose del «desastre nacional» y de «los excesos» y preguntándose «con angustia lo que el pueblo español, herido y arruinado por la sacudida» conseguiría «salvar de los escombros».¹¹ La misma desazón impulsó el exilio temprano de otros liberales del ámbito intelectual, que se fueron «con miedo y asco de la lucha» a pesar de su compromiso republicano. El periodista Manuel Chaves Nogales, director del diario *Ahora*, ejemplifica a la perfección este perfil, definido por él mismo en el prólogo de sus novelas *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*, escritas en 1937, ya desde el exilio, como el de un «pequeño burgués liberal, ciudadano de una república democrática y parlamentaria». El «intelectual al servicio del pueblo» que cuando el golpe se convirtió en guerra civil pareció quedarse sin lugar. Al igual que su diario, que el 25 de julio denunciaba a los golpistas desde su editorial («La ley condena sus actos; la conciencia del país los repugna. Frente a la ley, frente a la razón, frente al pueblo, cuyo temple heroico han puesto a prueba, ¿qué empresa decorosa pueden intentar en España los que han ensangrentado su suelo?») y pese a ello fue incautado un día después por el Consejo Obrero.¹²

Su convalecencia fue el tiempo de espera acordado para la huida de Portela. Ante el temor de sufrir un asalto mientras tanto, tomó precauciones, haciendo acopio de las armas que tenía y previendo posibles escondites y vías de escape en su casa. Decidió que el terrado del cine vecino, que formaba una especie de patio interior entre los edificios contiguos y al que se podía acceder desde su jardín, era la salida más segura. Para despistar, colocó una escalera de mano en el lado contrario, con la intención de hacer creer a posibles asaltantes que había escapado por ahí. En cuanto a las armas, le pareció que lo más seguro era entregárselas a los tres hombres de

¹¹ Clara CAMPOAMOR (Edición de Luis ESPAÑOL BOUCHÉ): *La revolución española vista por una republicana*, Sevilla, Ediciones Espuela de Plata-Editorial Renacimiento, 2013, pp. 157-158. Sobre la vida y la trayectoria de Clara Campoamor véase Concha FAGOAGA y Paloma SAAVEDRA: *Clara Campoamor. La sufragista española*, Madrid, Dirección General de Juventud y Promoción Socio-Cultural, Subdirección General de la Mujer, 1981.

¹² La cita en el prólogo de Santos JULIÁ a Manuel CHAVES NOGALES: *Crónicas de la guerra civil. Agosto de 1936-Septiembre de 1939*, Sevilla, Ediciones Espuela de Plata-Editorial Renacimiento, 2011, p.1. Sobre el diario *Ahora* véase Jesús DE JUANA: *La posición centrista durante la Segunda República. (El periódico AHORA 1930-1936)*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, 1988.

confianza que pasaban las noches en su piso para protegerlos. De este modo quizás podría evitar un enfrentamiento de grandes dimensiones en caso de asalto. Con todo, se quedó con una pistola, por si necesitaba defenderse en solitario. Por último, pidió a los dos policías que hacían guardia ante su casa, que no dejaran entrar a nadie a partir de las diez de la noche y que si alguien lo intentaba, pidiesen refuerzos de inmediato.

El 27 de julio tuvo oportunidad de poner a prueba estas medidas. Los dos agentes dieron aviso de que un grupo de gente armada estaba llamando a la puerta. El matrimonio Portela y los policías se escondieron en el terrado y permanecieron allí durante cuatro horas. Mientras, los asaltantes consiguieron entrar en la casa por la caja del ascensor y rompiendo la cristalera que daba al hueco. Revolvieron todas las habitaciones, subieron al jardín y siguieron la falsa pista de la escalera. Cada vez más cerca y ante el temor de que los encontrasen, los agentes bajaron a su encuentro. Al escuchar la violencia con la que los recibieron y la insistencia con la que preguntaban por él, Portela decidió entregarse, temiendo que si los descubrían hicieran daño a su esposa. Pero cuando llegó al piso de abajo se encontró un panorama inesperadamente tranquilo. Los asaltantes habían huido al creer que desde jefatura se había enviado un camión con doce agentes en respuesta a la petición de refuerzos, aunque tuvieron tiempo para llevarse cuatro mil pesetas, dos relojes de oro, varios objetos de valor y otros menudos, como calcetines, corbatas o jabón.¹³

A la vista de lo sucedido, se fijó la huida a Francia para esa misma noche. Joan Casanovas, presidente del parlamento catalán, se encargó de los preparativos en colaboración con el consulado francés, que envió dos coches para recogerlos. Otros dos coches de policía se encargaron de escoltarlos. Para pasar desapercibidos, los condes de Brías huyeron disfrazados, vestidos ambos de mujer, haciéndose pasar por sufragistas inglesas. La comitiva salió a las nueve, rumbo al puerto. Al pasar por Vía Laietana, a la altura del centro de la FAI, un grupo de afiliados les dio el alto y mientras el primer coche se detenía, el de los Portela aceleró la marcha y se saltó el control. En plena carrera se cruzaron con más coches de la FAI en el paseo de Colón, a los que esquivaron aprovechando un cruce de tranvías, y todavía se saltaron un nuevo puesto de control, en este caso de gente armada pero a pie, que no consiguió detener la marcha acelerada del vehículo. En el puerto, los esperaba el *Duquesne*, un crucero de guerra donde pasaron dos días escondidos. Portela entretuvo la espera hablando largo y tendido sobre la situación de España y su futuro con el almirante Gensoul, que estaba al cargo del navío, quien le sugirió una lista de políticos franceses con los que le recomendaba entrevistarse cuando llegase a su país. Dos días después, el matrimonio se trasladó al contratorpedero *La Fortune*, encargado de llevarlos a Francia. Arribaron a Port-Vendres el 31 de julio. Allí los recibió el prefecto Monsieur Tabiani, a quien el expresidente manifestó todas sus ideas e inquietudes, acariciando la idea de poder ejercer labores de mediación y contribuir a poner fin cuanto antes a la guerra que entonces se iniciaba.

¹³ Manuel PORTELA VALLADARES: *Memorias...*, pp. 57-60. Los detalles de los disfraces y la huida los relata Portela en una entrevista publicada en *The Times*, 1 de septiembre de 1937.

Tras un viaje lleno de peripecias, los Portela recalaron en Niza, donde permanecieron los primeros meses de la guerra.¹⁴

El primer exilio francés. En tierra de nadie.

La huida de Portela de la retaguardia republicana para garantizar su seguridad no le abrió las puertas de la zona rebelde. Era un diputado republicano, de filiación masónica conocida pese a encontrarse en situación de durmiente y había sido el presidente del Gobierno que en opinión de los rebeldes había franqueado el paso del Frente Popular, acusado de manipular las elecciones a favor de estos y de cederles el puesto antes de tiempo en lugar de encabezar un golpe de Estado que Franco y Gil Robles deseaban secundar, pero no se habían atrevido a protagonizar todavía. Su perfil político y su posición intermedia hacían que no estuviese seguro en ninguna de las dos retaguardias. Sus bienes fueron incautados en ambas.

Exiliado y sin apenas recursos económicos, los primeros meses de guerra los vivió en una situación de extrema precariedad. Un tiempo de espera en el que se dedicó a recopilar la información que recibía de España y a analizar qué posibilidades de retorno tenía antes de optar por un bando. Pese a su defensa de la supremacía del poder civil, la actuación de la República le generaba desconfianza. A lo vivido en Barcelona se sumó el goteo de noticias que llegaba a Niza. El relato de quienes allí se refugiaban, pródigo en conflictos, rapiñas y alteraciones callejeras, reforzó su impresión de que la zona gubernamental estaba sumida en el caos. Las muertes de la cárcel Modelo de Madrid, especialmente la de su exministro, Manuel Rico Avello, y la del líder progresista, Melquíades Álvarez, fueron un duro golpe para su estima por la causa republicana. ¿Cómo creer en quienes convertían en enemigos a políticos liberales, moderados y que siempre habían defendido el sistema parlamentario? Frente a esto, silencio absoluto sobre los sucesos en la otra retaguardia, de la que no llegaban noticias. El desequilibrio de información pareció inclinarlo a romper su tradicional equilibrio político en favor de los golpistas. Sus crecientes apuros económicos eran una presión añadida para tomar una decisión, cerrar la espera y salir de tierra de nadie. No era la primera vez que Portela vivía una racha de penurias pecuniarias, pero sí era una situación nueva para su esposa, cuyos problemas de nervios se acrecentaron. Monárquica convencida e ideológicamente muy alejada de su esposo, su simpatía por la República siempre había sido escasa, pero las condiciones del exilio aumentaron las diferencias que existían entre ambos, deteriorando su relación.¹⁵

Volver a España parecía imprescindible para salvar su matrimonio, lo que obligaba a tomar una decisión. Señalado en ambos bandos, horrorizado por los episodios de violencia que fue conociendo en la retaguardia republicana, contrario a la revolución y a la intromisión militar en la vida política, cualquier alternativa se antojaba conflictiva, tanto por chocar con los principios que

¹⁴ Manuel PORTELA VALLADARES: *Dietario de dos guerras (1936-1950). Notas, polémicas y correspondencia de un centrista español. Manuel Portela Valladares.* (Edición de José Antonio Durán), Sada (A Coruña), Edición do Castro, 1988, pp. 10-13; [d: *Memorias...*, pp. 74.81.

¹⁵ Manuel PORTELA VALLADARES: *Dietario de...*, p. 13. Las citas, en pp.75 y 71.

había defendido a lo largo de su trayectoria como por las probables dificultades, incluso hostilidades que podría encontrar tanto en una como en otra dirección. También parecía difícil seguir su deseo de erigirse en mediador entre ambos bandos, entrando en contacto con el Gobierno francés para que amparase un proceso negociador, alternativa que se planteaba desde la entrevista que había mantenido a su llegada a Francia con el prefecto de Port-Vendres, Monsieur Tabiani. Finalmente, las presiones de su esposa, los problemas económicos y su desconfianza en la capacidad de los republicanos para recuperar el orden hicieron que se plantease la opción de los rebeldes como el camino más corto para regresar a casa.

Aunque tampoco era fácil. No sólo por lo que podía contravenir en su pensamiento aproximarse a un golpe militar, sino por las relaciones nulas o negativas que mantenía con quien podía facilitar su regreso. Por un lado, la temprana muerte del general Sanjurjo lo había dejado sin la única puerta de entrada amistosa. Por otro, el general Gonzalo Queipo de Llano se había convertido en un obstáculo propagandístico que operaba en su contra de manera continua y belicosa. El militar protagonizaba cada tarde en Radio Sevilla una sesión airada de insultos a los personajes republicanos más célebres y Portela destacaba entre sus blancos más frecuentes.¹⁶ Sus ataques añadían a su inquina habitual ante la antipatía política los intereses familiares. Y es que Ernestina, una de sus hijas, se había casado con Niceto Alcalá-Zamora hijo, lo que convertía al militar en el consuegro del ex Presidente de la República.¹⁷ La joven había marchado al exilio junto a su familia política y su regreso no parecía fácil. Haber sido la primera autoridad del régimen que se combatía dificultaba extraordinariamente el retorno de Alcalá-Zamora y el de su familia, de modo que la estrategia del espadón se centró en trasladar las culpas de abrir las puertas al Frente Popular al presidente del Consejo de ministros. Si además se trataba de un pérfido masón que había engañado al jefe del Estado como a tantos otros, la explicación se redondeaba. El error de haber sido traicionado podía ser perdonado con el tiempo. La traición, no. De este modo, el general desató una feroz campaña contra Portela, que contribuyó de manera notable a elevarlo al gran ejemplo del traidor dentro de la mitología del franquismo.

Así las cosas, el general Franco era el único de los golpistas con el que Portela mantenía una relación de cierto respeto, a pesar de que su negativa a mantenerse en su puesto con el apoyo del Ejército tras las elecciones de febrero había marcado una fractura entre ambos.¹⁸ Reconocido el terreno de partida, jugó sus pocas bazas vía postal. Para empezar, escribió una carta al general Franco para tantear, a partir de su respuesta, sus opciones de volver. Lo hizo el 8 de octubre de 1936, con la excusa de felicitarlo por su nombramiento como «Jefe del nuevo Estado y

¹⁶ Ian GIBSON: *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1986.

¹⁷ “El enlace matrimonial del hijo del Presidente de la República con la señorita Queipo de Llano”, *La Vanguardia*, 30 de diciembre de 1934, p. 27; Julio GIL PECHARROMÁN: *Niceto Alcalá-Zamora. Un liberal en la encrucijada*, Madrid, Síntesis, 2005.

¹⁸ Sobre la visita de Franco a Portela Valladares la noche previa a su dimisión, pueden consultarse, entre otra las de los propios protagonistas: Manuel PORTELA VALLADARES: *Memorias...*, p. 185 y Francisco FRANCO SALGADO-ARAÚJO: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Editorial Planeta, 2005, pp. 695-697. Una versión similar a la de Portela en MARTÍNEZ BARRIO, Diego: *Memorias...*, pp. 303-305.

Generalísimo de los Ejércitos de España», elogiando su carácter y su obra. Mucho jabón, pero poco compromiso. Su adhesión personal se limitaba a un ambiguo apoyo moral al final de la carta, reconociéndose demasiado anciano para alistarse y sin fortuna para poder ofrecerle tras haber sido privado de todos sus bienes, cuestión que dejaba caer de paso que justificaba sus servicios pasados a la patria:

A su Excelencia Don Francisco Franco

Ilustre general y distinguido amigo: Al ser investido V. con las supremas jerarquías de Jefe del nuevo Estado y Generalísimo de los Ejércitos de España, quiero enviarle la más honda y expresiva felicitación, que alcanza a la Nación entera y hacer constar mis fervorosos votos por su ingente obra, que ha de dar a nuestro país un mañana de orden, de justicia, de paz, de prosperidad y de fortaleza que le restituyan el alto lugar que debe ocupar en el mundo.

En V. recae la providencial misión de realizar una segunda reconquista de la Patria; de salvarla de la barbarie, del crimen, de la destrucción, erigidos en sistema de gobierno. Nunca las ideas políticas o el origen del poder pueden invocarse en contra de la Patria: han de someterse a ella y situarse en la subordinada categoría de medio para mejor servirla. En esta hora terrible sólo pienso en España, y en V. que, con sus singulares condiciones de inteligencia, de serenidad, de carácter y de un valor profesional que sólo encuentra precedente en la cumbre de nuestra historia, ha de renacerla.

Mis años, que en esta ocasión me duelen, no me permiten solicitar el honor de ser soldado a sus órdenes; de recursos no dispongo, porque de todo me han despojado: salvé de milagro la vida que nada vale pero que alienta por el bien de la Patria, a la que he servido tan bien como supe y pude, manteniendo incólume el principio de autoridad y luchando, sin reparar en riesgos, contra el desorden y la anarquía. Los más apasionados habrán de reconocerlo.

Con estos sentimientos seguiré emocionado, como la he seguido hasta aquí, su empresa magna. Y siempre a su devoción completa, admirador y amigo.¹⁹

El movimiento no obtuvo respuesta. Tan sólo una breve nota de Nicolás Franco, hermano y secretario del general, quien le respondió corteses vaguedades. La segunda carta tuvo como destinatario a Niceto Alcalá-Zamora. El 22 de diciembre Portela le dirigió una larguísima misiva con el objetivo de que intercediese en su favor ante su consuegro para que detuviese sus ataques radiofónicos.²⁰ Tampoco en esta ocasión tuvieron éxito sus gestiones. Apenas unas líneas desabridas en las que don Niceto le dejaba claro al «antiguo amigo» que no podía contar con él. Fracasados sus dos movimientos, Portela asumió que la salida por el lado rebelde no era posible, a pesar de los deseos y la presión de su esposa. Llegados a este punto, el matrimonio decidió separarse y Clotilde Puig regresó a España. Una vez sólo, Portela decidió trasladarse a París, donde recuperó el contacto con otros compañeros republicanos y empezó a recibir noticias de lo

¹⁹ Manuel PORTELA VALLADARES: *Memorias...*, pp. 231 y 37.

²⁰ Manuel PORTELA VALLADARES: *Dietario de...*, pp. 57-63 y 65; Niceto ALCALÁ-ZAMORA: *Memorias*, Barcelona, Editorial Planeta, 1998, pp. 398, 477-478. La cita, en "Carta de Portela Valladares a Niceto Alcalá Zamora, 22 de diciembre de 1936", Fundación Penzol, papeles de Portela Valladares (en proceso de catalogación)

que sucedía en la retaguardia franquista. Eliminada la presión conyugal, constatado el rechazo a su persona entre los líderes golpistas y descubiertos los horrores del otro bando, el equilibrio portelista volvió a su posición de partida: la defensa de la legalidad vigente. Apenas recibió señales de bienvenida de las autoridades republicanas, la balanza se decantó definitivamente a su favor.²¹

La apuesta republicana: el mito del traidor

En París vivió con sus sobrinos políticos, el matrimonio Martí de Vesés, y sus dos hijos, Javier y Clotilde. Por petición de su madre, los niños intentaban mantenerse alejados de él y lo observaban entre preocupados y asustados por su expresión sombría y silenciosa, mientras se pasaba los días escribiendo, pensando, sin hablar apenas. No entendían bien lo que hacía, pero con el tiempo supieron que entonces había empezado a escribir sus memorias, mientras reflexionaba sobre el pasado y meditaba qué podía hacer con su futuro.²²

Al tiempo que fue recuperando el contacto con viejos amigos, su conocimiento sobre la violencia franquista aumentó. Las noticias que llegaban de Galicia sobre muertos, perseguidos y paseados, entre ellos muchos de sus compañeros de tantos años, le indignaron profundamente. Por el contrario, la situación en zona republicana parecía calmarse gracias al Gobierno de un Francisco Largo Caballero del que se sentía ideológicamente muy alejado, pero cuya actuación e intentos de control de la violencia lejos del frente, comenzaron a inclinarlo de nuevo hacia el bando republicano.²³ Al mismo tiempo, el Gobierno de la República, necesitado de apoyos públicos que proviniesen de la política moderada de centro o centro-derecha que contribuyesen a reforzar su imagen internacional, intentó aproximarse a él. El primer acercamiento llegó a través de un amigo de largo recorrido y compañero de aventuras masónicas, Augusto Barcia. Todavía presidía el Consejo Largo Caballero. «Allá cuentan con V. y desde ahora le piden su ayuda», le trasladó su amigo. Esto era lo que necesitaba escuchar el hombre que se consumía encerrado en su casa sin hacer nada, el que recurría a su vejez como pantalla y excusa, pero que necesitaba de la acción política.

Los siguientes mensajes llevaron ya la firma de Juan Negrín. Aunque no tenía demasiadas esperanzas en la victoria republicana, Portela creía que el nuevo presidente era el hombre adecuado para encauzar la situación. Le gustaba su manera de afrontar los problemas y creía que podría ser el líder firme, pero liberal que en su opinión necesitaba España, así que no sólo se decantó definitivamente por el bando republicano, sino que además se convirtió en un acérrimo defensor de Negrín y su política. Seguro de la opción que había tomado, Portela ya no se

²¹ Manuel PORTELA VALLADARES: *Memorias...*, p. 278-279.

²² Entrevista con Clotilde Martí de Vesés Puig, sobrina nieta de los Portela-Puig de Abaría, 18 de marzo de 2015.

²³ Sobre la evolución de los Gobiernos durante la Guerra Civil y en particular el de Francisco Largo Caballero, véanse Enrique MORADIELLOS: *Historia mínima de la Guerra civil española*, Madrid, Turner, 2016, y Francisco LARGO CABALLERO: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*. (Prólogo y notas de Enrique de Francisco). México D. F., Ediciones Unidas S. A., 1976.

desdijo de su apoyo, aunque con el transcurrir de los meses estuviera cada vez más seguro de la derrota de la República.²⁴

La llamada de Negrín revivió sus intenciones de actuar como mediador y aprovechando sus contactos, consiguió entrevistarse con George Bonnet, ministro de Hacienda francés al que había conocido en diciembre de 1935, durante su primer gobierno, cuando este había viajado a España para firmar un tratado comercial entre ambos países. Su intención al entrevistarse con él era abrir una vía que favoreciese el apoyo de Francia a la República, un apoyo diplomático, pero también económico. Su moneda de cambio para convencerlo era la promesa de que el Gobierno republicano «pondría orden», eliminaría los elementos extremos, buscaría apoyo de republicanos moderados y garantizaría el fin de la violencia en la retaguardia. Con estos elementos, aducía, dejarían sin razón a los que habían impulsado la insurrección militar apelando al desorden y falta de legalidad de la República. Bonnet recibió con interés su visita y compartió sus argumentos:

Francia necesita la amistad de España, y esta, su Gobierno, sufriría mucho de la hostilidad francesa. Pero nuestro país y el mundo no pueden colaborar con Gobierno de ostentosa y peligrosa revolución. Si allá nos ofrecen garantías de seguir ese camino con hombres como usted, Francia ayudaría con dinero y con todos los elementos que pueda necesitar. No hay más solución que la V. expone.²⁵

Satisfecho con la respuesta, Portela la hizo llegar a las autoridades republicanas por dos vías. La primera, a través de Felipe Sánchez Román, quien, junto a Barcia, se convirtió en su enlace con el Gobierno republicano. El líder del Partido Nacional Republicano trasladó su mensaje a Azaña, quien a su vez, lo comentó con el presidente del Consejo. Negrín recibió la noticia con optimismo, pues coincidía con sus propias intenciones, las que le habían llevado a intentar contar con Portela. El presidente de la República, por su parte, vio bien las gestiones, aunque se mostró menos convencido de sus posibilidades de éxito. También temió que el embajador de la República en París, Ángel Ossorio y Gallardo, al que estimaba pero a quien consideraba excesivamente franco e impulsivo, pudiese reaccionar con brusquedad y contribuyese a frustrar esta vía. No andaba desencaminado. Cuando Portela fue a visitarlo para hacerlo partícipe de sus conversaciones, Ossorio restó importancia a las posibilidades de la diplomacia e, intentando frenar su entusiasmo, intentó convencerlo de que lo que insinuaba Bonnet era imposible. Le recordó que se olvidaba de una quinta potencia interesada en el conflicto cuya actuación sería la decisiva. Y, regalándole la figurita de plomo de un miliciano, le aseguró que serían estos y no las conversaciones bienintencionadas quienes ganarían la guerra y salvarían la República. Justo lo que Azaña temía. «Por algo le encargué yo a Negrín que se apresurase a dar instrucciones a Ossorio, en previsión de su genialidad», anotó en su diario el

²⁴ Enrique MORADIELLOS: *Negrín*, Barcelona, Ediciones Península, 2006.

²⁵ Manuel PORTELA VALLADARES: *Dietario...*, pp. 95-99.

presidente de la República cuando Giral le contó la respuesta del embajador. La alternativa de mediación languideció apenas arrancaba.²⁶

Aun así, Portela mantuvo su apuesta por Negrín y la apuesta fue mutua. El primero veía en el nuevo presidente el carácter y la decisión necesaria para poner orden en el Gobierno y la sociedad republicana, y compartía sus criterios de pacificación. Así, no dudó en apoyarlo públicamente. En entrevista concedida a la *Revue des Deux Mondes*, afirmaba: «Negrín merece plena confianza para reconstruir la República: ahora se puede hablar de un Gobierno republicano, y no de un Gobierno rojo; y hay orden.» Por su parte, Negrín tenía confianza en la visión de Portela y en su capacidad de análisis y de gestión durante las crisis. Conseguir su presencia en la reunión de Cortes de Valencia se consideraba vital para dar al mundo una imagen más centrada y ordenada de la República. Confirmada la ausencia de Miguel Maura, su viaje se convirtió en la gran novedad de la sesión. Con esta decisión, que se comunicó públicamente en el mes de agosto, Portela cerraba definitivamente las puertas del bando golpista, desde el que se le respondió con una intensa campaña de prensa en su contra. Más madera para el mito del traidor.²⁷

Para los periódicos nacionales, Portela era el hombre que había cedido el poder al Frente Popular, un liberal de la vieja escuela que encarnaba algunos de los valores más denostados por el nuevo régimen; el dueño de un periódico abierto y dinámico, crítico con la derecha, partidario de la autonomía, en el que escribían muchos de los hombres que se habían convertido en proscritos, y además, masón de alto grado. Con esta tarjeta de presentación no era difícil suponer que no iba a contar con el beneplácito de la prensa franquista. Empezando por su propio periódico, *El Pueblo Gallego*, que tras ser requisado había cambiado radicalmente su línea editorial. Desde el 9 de enero de 1937, como decía en su subtítulo, era el «Órgano de Falange Española de las JONS» y como tal ejerció. Como dejó claro el 1 de octubre de 1936, ya no era el periódico de Portela ni quería parecerlo:²⁸

El Pueblo Gallego, purificado en esta gran aurora de la PATRIA, ha dejado de pertenecer a su antiguo propietario, don Manuel Portela Valladares, para incorporarse al SERVICIO DE ESPAÑA Y DE SU GLORIOSO EJÉRCITO LIBERTADOR.²⁹

Los ataques a su expropietario no fueron ocasionales. En primer lugar y como los demás periódicos del bando rebelde, reprodujo en sus páginas las charlas radiofónicas del general Queipo de Llano. Como ya se ha dicho, Portela fue uno de sus blancos preferidos. Las recriminaciones del general habían empezado en agosto de 1936, cuando afirmaba que «nueve décimas parte del país están con nosotros; si los marxistas ganaron las elecciones fue merced al favor y ayuda ministerial

²⁶ *Ibidem*, pp. 95-99; Manuel AZAÑA: *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 1.113-1.115.

²⁷ Manuel PORTELA VALLADARES: *Dietario de...*, pp. 84-87.

²⁸ *El Pueblo Gallego*, 9 de enero de 1937, p. 1.

²⁹ *El Pueblo Gallego*, 1 de octubre de 1936, p. 1.

que les dio el viejo canalla Portela Valladares.» Una y otra vez lo señaló como el gran culpable de amañar el triunfo del Frente Popular. El cobarde que había huido del Gobierno dejando la presidencia en manos de la izquierda sin resistir, dando entrada al caos que se había apoderado de la nación y había obligado a los militares fieles a la patria a alzarse para recuperar el orden. En palabras de Queipo:

...nosotros no nos hubiésemos levantado si no se hubieran permitido los crímenes que el desgobierno del Frente Popular autorizó e ideó. Pero además en aquellas elecciones todos sabemos que no triunfaron y que si Portela Valladares no hubiera cometido la cobardía de abandonar el Poder, el Frente Popular no hubiera amañado las actas de Pontevedra, Cáceres y de tantas otras provincias.³⁰

Los ataques de Queipo de Llano contra el «conde de los cabellos de plata» se intensificaron tras su acercamiento republicano. El «masón que escapó disfrazado de señorita, tan guapo y tan inteligente», el «venerable hermanito de mandil», incapaz y «acabado para la política» desde hacía años, se había convertido en una preocupación constante para el general. Con el acercamiento de Portela a los republicanos, sus motivos para atacarlo se multiplicaron. Ya no era sólo algo personal, un cabeza de turco familiar o la ejemplificación de las denostadas virtudes liberales. Si marcaba su posición a favor del Gobierno, el demonio se convertía en un peligro real. De cara al reconocimiento exterior de la España nacional no interesaba que los republicanos contasen con moderados en sus líneas. Cuanto más amplia fuese la base ideológica en la que se sustentase la República, mayor sería la legitimidad que podría reclamar en instancias internacionales. El golpe de julio de 1936 se amparaba en la presunta violencia social y el desgobierno que dominaba España y que, según la propaganda franquista, aún reinaba en la zona gubernamental. Frente a esto, los nacionales ofrecían unidad y control, actuaban con orden y se jactaban de una retaguardia tranquila. Las revueltas sociales de los primeros tiempos, los asaltos y venganzas personales, la liberación de presos no políticos y los fusilamientos como los de la cárcel Modelo e Madrid ayudaron a mantener este argumento. Un Gobierno republicano que mantuviese el orden, que diese sensación de unidad y que estuviese respaldado por todos los partidos democráticos echaba por tierra estas justificaciones. La estrategia elegida para contrarrestar este movimiento fue desacreditar a personajes republicanos para provocar desunión en sus filas.

Así, comenzó a gestarse la imagen del Portela vacilante y traidor, el falso amigo de todos que podía vender a cualquiera. En julio del 37, cuando se empezaba a especular con que él y Maura volverían a España para asistir a las Cortes, Queipo hablaba en sus charlas de una cena en París entre ambos y el embajador Ángel Ossorio y Gallardo:

¿De qué vivirá Maura en París? Porque estoy seguro de que si nosotros les ofrecemos las dietas de diputado, enseguida se pondrán de nuestra parte. Durante la comida Bigardo

³⁰ ABC (Sevilla), 13 de agosto de 1936, p. 12. La cita, en *El Pueblo Gallego*, 17 de abril de 1937, p. 8.

invitó a sus invitados a trasladarse a España para asistir a las sesiones de Cortes. Claro que los dos se negaron, porque dicen que no les ofrecen las necesarias garantías personales.³¹

Con estas palabras pretendía matar dos pájaros de un tiro. Dejar claro que centro y derecha democrática no estarían en Valencia y que Portela y Maura no podían venir a España porque no se les garantizaba su seguridad. El Gobierno no podía ni proteger a aquellos a los que quería utilizar. ¿Qué mejor ejemplo de desorden y de falta de control? Además, el radiofónico general aprovechaba para llamar interesados a ambos políticos. Aunque aseguraba que no vendrían, mejor desacreditarlos por si acaso. Queipo empezaba a calentar el ambiente ante su posible presencia en Valencia.

El 18 de agosto, según anotaba en su dietario, Portela ya había decidido que asistiría a la Cortes. Había iniciado una serie de conversaciones siguiendo su idea de mediar por la paz y ganar apoyos entre las potencias democráticas. Para ello creía necesario ampliar todo lo posible el arco ideológico de los respaldos a la República. Su opinión era que la guerra la ganaría el bando que tuviese «en mejores condiciones de normalidad y gobierno inteligente la zona bajo su mando», algo que, entre otras cosas, le permitiría contar con el apoyo de las potencias democráticas. El de Reino Unido le parecía cada día menos seguro y creía que había que intensificar las labores en este sentido, pues el bando franquista se aproximaba progresivamente a ganar esta batalla.³²

Sus contactos extranjeros, al igual que Negrín, compartían su visión de la necesidad de «normalizar» y centrar la imagen de la República. Esa era la razón, precisamente por la que el presidente del Consejo quería que tanto Portela como otros diputados que estaban fuera de España asistiesen a las Cortes. Y ese mismo argumento era el gran temor en el bando golpista y el que justificó que la campaña de descrédito de Portela se fuese intensificando progresivamente. El 30 de septiembre, el *ABC* de Sevilla publicaba un artículo titulado «PORTELA VALLADARES, UNO DE LOS GRANDES CULPABLES, SERVIDOR Y CRIADO DE RUSIA». Y como subtítulo, «Espejo de traiciones, Portela se incorpora a la horda». Con estos adjetivos, la propaganda nacional incorporaba definitivamente al político pontevedrés a su galería de malvados, aplicándole el vocabulario al uso en estos casos: gran culpable, criado de Rusia, traidor, miembro de la horda... En tres columnas a toda página, el autor se despachaba contra el político liberal.

³¹ *El Pueblo Gallego*, 15.07.1937, p. 6.

³² "SIFNE. Informe del 2 de agosto de 1937", Ministerio de Asuntos Exteriores R 591. Sobre las labores diplomáticas de España en Reino Unido y la política de No intervención, véanse Enrique MORADIELLOS: *Neutralidad benévola. El Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*. Oviedo, Editorial Pentalfa, 1990; Julián CASANOVA: *República y Guerra Civil. Vol. 8 de la Historia de España, dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares*, Barcelona, Crítica/Marcial Pons, 2007 y Pablo DE AZCÁRATE. Edición de Ángel Viñas: *En defensa de la República: con Negrín en el exilio*, Barcelona, Crítica, 2010;

... unas recientes declaraciones de Portela Valladares nos levantan el estómago en sensación de terrible asco. El asco físico, que es signo deficiente del asco moral que produce lo repugnante y monstruoso.

Se decía indignado de que Portela no guardase silencio tras su actuación en febrero de 1936, cuando además de no cumplir con su deber había animado a la barbarie, convirtiéndose

...en uno de los hombres que más alevosamente alzaron las esclusas de la ley para que se desbordase ese torrente de las peores pasiones que llegaron a teñir con su sangre los españoles inmolados a la causa nacional. Le correspondía a Portela preservar al país de una revolución que ya se anunciaba horrenda y no dudó en traicionar su mandato de legalidad (aunque fuese tan precaria como la de febrero de 1936) para franquear el paso al Poder de los hombres que ya contaban en su haber con los crímenes de Asturias de 1934.

E insistía en esa idea al afirmar que

...el fatídico jefe del Gobierno que el 16 de febrero se allanó a los primeros resultados de las elecciones (ni auténticas ni completas), abandonando el Gobierno en las manos alevosas de Azaña-Prieto-Martínez Barrio (...), ha marchado a Valencia, donde se propone asistir a la trágica mascarada parlamentaria del 1 de octubre.

No faltaban, por supuesto, las menciones a la malvada Rusia y a la no menos pérfida masonería, siempre detrás de todos los males.

Cualquiera diría que Portela Valladares ignora la gravitación de Moscú sobre la República española, republicano marxista y la intervención preponderante en las hordas rojas de mandos extranjeros y brigadas internacionales... mas no cabe presunción alguna de ignorancia o error, dado el volumen y lo significado de todo lo que está acaeciendo, y no olvidemos que Portela Valladares conoce perfectamente la gestión a este propósito de todas las internacionales porque una de estas, la Masonería, es la suya, su pedestal, su órgano impulsor, la fuerza que le llevó al Poder, tras muchos años de eclipses, sin que el descalificado ex ministro de la Corona contase en la política nacional con el menor sustentáculo confesable, la misma fuerza que le obligó a transmitir el Gobierno con nocturnidad y alevosía a la cuadrilla del Frente Popular y ahora le hace volver a la zona roja para ocupar un escaño en un falso Parlamento, con diputados falsos pero delincuentes de veras.³³

La masonería, causante de todos los desastres, la que había llevado a Portela al poder, orquestado el triunfo del Frente Popular y causado todas las revueltas era la que lo rescataba de nuevo para la vida política, esta vez en un parlamento criminal. Así, de un sólo plumazo, el autor

³³ABC (Sevilla), 30 de septiembre de 1937, p. 6 y 1 de octubre de 1937, p. 13.

dibujaba al viejo liberal como un masón maquiavélico, director y dirigido, y barco a la deriva en el bando republicano.

La campaña anti Portela no había hecho más que empezar. El hombre «de perfil anguloso, piel amarillenta y llena de arrugas y alba cabellera, crespa y alborotada», flexible y falto de escrúpulos, que adulaba «al de arriba y tiranizaba al de abajo si era débil», protagonizó portadas, artículos, semblanzas... Los dos golpes más duros los recibió cuando ya estaba en Valencia, el 6 y el 8 de octubre. Para este ataque sus acusadores se sirvieron de sus propias palabras, lanzando primero la publicación seriada, como si de un folletín de intriga se tratase, de fragmentos manipulados de las hojas robadas de su dietario. En estas notas, escritas a su llegada a Niza, Portela dedicaba duros juicios a Azaña, a Prieto o a Casares Quiroga. El segundo golpe maestro, ataque definitivo a su credibilidad republicana fue hacer pública su carta de adhesión a Franco, que se reprodujo a toda plana en toda la prensa nacional.³⁴

La campaña propagandística de la prensa nacional había fracasado en su intento de evitar la presencia de Portela en las Cortes, así que el nuevo objetivo era mellar la influencia de su visita a Valencia, atacar su credibilidad, restarle apoyos a su posible entrada en el Gobierno e incluso poner en peligro su seguridad en zona republicana, lanzando contra él a quienes ya lo habían perseguido al empezar la guerra. El fichaje estrella de las sesiones de Cortes no era más que un anciano interesado y cambiachaquetas y su lealtad republicana, una afirmación endeble y poco creíble. El objetivo de amedrentar a Portela no se cumplió, pues no dejó de asistir a las Cortes y en su intervención contó las presiones que había recibido en febrero de 1936 para que permaneciese en el poder y fuese la cara civil de un golpe de Estado. Además, Negrín mantuvo su confianza en él y lo nombró presidente del trust que gestionaba los bienes del Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE). Y también prosiguió su relación con republicanos de diferentes tendencias, incluidos los galleguistas. ¿Había fracasado, entonces, la feroz ofensiva de la propaganda franquista? Sí, desde este punto de vista. Sin embargo, no todo salió como entonces esperaba. Portela no entró en el Gobierno, ni entonces ni en 1946, cuando, finalizada la Segunda Guerra Mundial sonaba como ministro gallego sin cartera en el gabinete Giral. Entonces fue Castelao quien desempeñó este cargo, a pesar de que el líder del Partido Galeguista había sido el primero en pensar en Portela. Sin embargo, sus compañeros que permanecían en España echaron abajo esta posibilidad al negarse a apoyar esta candidatura por su desconfianza en el viejo centrista. Quizás el conocimiento de su carta a Franco no fuese la única razón, pues no fiarse de un Portela amigo de todos y de nadie era tradición en ciertos sectores del galleguismo, pero sin duda fue una razón más. La sombra de la carta lo acompañó a través de los años e incluso en la actualidad se aduce en ocasiones como prueba de su pertenencia a la órbita del franquismo, sin

³⁴ *ABC* (Sevilla), 1 de octubre de 1937, p. 13, 6 de octubre de 1937 y 8 de octubre de 1937. Sobre las Cortes de Valencia véase Matilde DE LA TORRE (edición de Francisca VILCHES-DE FRUTOS): *Las Cortes republicanas durante la Guerra Civil. Madrid 1936, Valencia 1937 y Barcelona 1938*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2015.

tener en cuenta las críticas constantes que recibió de los golpistas, su persecución judicial o el exilio que sufrió hasta su muerte.³⁵

La puntilla a esta campaña de prensa llegó en el mes de diciembre desde las páginas de *El Pueblo Gallego*. El «Mefistófeles centrista», el viejo «indeciso, versátil y claudicante», era atacado por Clotilde Puig. El diario vigués reproducía la carta que su exmujer había escrito al general Franco para comunicarle su separación. En ella le pedía permiso para hacer partícipe a la prensa de la noticia para así desmarcarse del «traidor» de su marido

Yo quisiera que la Prensa nacionalista hiciera saber mi separación absoluta, mi desligamiento total de una persona que olvidando en absoluto los principios de dignidad, comete el delito de alta traición.³⁶

La información incluía una fotografía del original, manuscrito y fechado en Francia. El comentario rendía honores a Clotilde Puig, la «gran dama que siente el orgullo de ser española por encima de todos los orgullos, y siente una congoja y amargura única por encima de todas sus tristezas». ¿Cómo sería ese hombre si incluso su esposa, una mujer tan digna, se volvía contra él, señalando su traición? La acusación no era nueva, pero su dimensión personal provocaba un daño mayor. Se consolidaba así su imagen de traidor a la patria. Como rezaba un viejo estribillo, célebre durante el franquismo: «Galicia lo dio todo por salvar a la patria. La víctima: Calvo Sotelo. El asesino: Casares Quiroga. El salvador: Franco. Y Portela Valladares, que fue el traidor».

Pese a todo, al menos superficialmente, Portela salió airoso del conflicto. Repitió su presencia en las sesiones de Monserrat y fue un asiduo en las reuniones de la Diputación Permanente. Mientras, transcurrieron los meses, avanzó la guerra y la situación empeoró para la República. Portela era consciente de ello, pero no dejó de apoyar a Negrín. Cuanto mayor parecía su convencimiento de la derrota, mayores eran sus manifestaciones de adhesión a la República.³⁷

El apoyo que ofreció a Negrín se mantuvo en los instantes finales de la guerra. En el mes de marzo, la preocupación sobre la existencia o no de poderes que mantuviesen la legitimidad republicana centró las reuniones de la Diputación Permanente en estas fechas y a las que Portela no faltó. El 7 marzo se inició la discusión con una proposición del diputado comunista Antonio Mije, que pedía que el pleno publicase una declaración expresa de la legitimidad del Gobierno Negrín como único de origen constitucional, condenando la Junta de Madrid, constituida tras el golpe de Casado. Esta propuesta se rechazó por dieciséis votos en contra, el voto a favor del propio

³⁵ «Informe número 3 da secretaría política do comité executivo do PG», en Xavier CASTRO (ed.): *Caste-lao e os galeguistas do interior. Cartas e documentos. 1943-1954*. Vigo, Editorial Galaxia, 2000, p. 323. Mariano ANSÓ: *Yo fui ministro de Negrín*. Espejo de España, Editorial Planeta, Barcelona, 1976, p. 304

³⁶ *ABC* (Sevilla), 10 de octubre de 1937, p. 17; «UNA DAMA ESPAÑOLA. La señora condesa de Brías se ha separado de su marido, traidor a la Patria. Carta emocionante al Caudillo». *El Pueblo Gallego*, 15 de diciembre de 1937, p. 10.

³⁷ Manuel PORTELA VALLADARES, Manuel: *Dietario de...*, pp. 130-141. La cita, en «Papeles originales del dietario de Portela Valladares», p. 456. Fundación Penzol (en proceso de catalogación).

Mije y la abstención de Jáuregui. Portela también votó en contra, según él, no porque considerase que el Gobierno de Negrín fuese ilegítimo, sino porque en su opinión, «la Diputación Permanente no tiene facultades [en este tema] y, por ello no debe intervenir para condenar o apoyar al Gobierno Negrín ni a la Junta de Madrid.» Si el Gobierno de Negrín fue refrendado en la última reunión del Parlamento celebrada en Figueras apenas un mes antes, ¿cómo iba a discutir la Diputación Permanente el mismo tema?³⁸

Sí se aprobó, en cambio, una propuesta del diputado de Izquierda Republicana, Álvaro Pascual Leone que decía que:

...siendo la representación permanente del Parlamento y éste el único organismo de carácter popular de la República, se reserva el derecho de solicitar de todas las autoridades republicanas, de las dimitidas y de las existentes, el informe de sus actas y el establecer acerca de ellos, en el momento y lugar oportunos, el juicio que corresponda.³⁹

Una reunión tan breve como la del 7 de marzo dejó una difícil papeleta para resolver en la sesión del día 31. Negrín asistió a esta sesión en calidad de presidente del Consejo de ministros para dar cuenta de la acción de su Gobierno en el tiempo que había transcurrido tras haber recibido el respaldo del parlamento en Figueras. En la sesión anterior, la Permanente se había manifestado como único poder legítimo de la República y de ahí venía el conflicto. Si se aprobaba la última acta, Negrín ya no podría asistir a la reunión en calidad de presidente. Por ello la sesión se inició con una primera discusión que trató de establecer si, de forma extraordinaria, se posponía la aprobación del acta hasta después de la intervención de Negrín, para que este pudiese hablar como presidente. Superado este escollo, el gran debate giró sobre la continuidad tanto del Gobierno Negrín como de la propia Diputación Permanente. Los diputados se perdieron en una discusión formal que planteaba si tenía sentido mantener estas instituciones sin contar con un territorio sobre el que ejercer su potestad. Frente a los que afirmaban que sin territorio no había poder que tuviera lógica, otros oponían que sí tenían ciudadanía y debían ocuparse de aquella parte de la población que los había respaldado y que entonces, como ellos mismos, se encontraba desplazada más allá de sus fronteras, al igual que de los republicanos que permanecían en España y corrían el riesgo de ser represaliados por las nuevas autoridades.⁴⁰

En medio de un duro cruce de acusaciones que se desarrolló alrededor del enfrentamiento por la autolegitimación y la defensa de la respectiva cuota de poder, generando un clima de extremada tensión, Portela también intervino. Sobre la cuestión del acta, para protestar porque no apareciesen algunas de las manifestaciones que había hecho en la sesión anterior. Quiso dejar claro que él no estaba conforme con la sublevación de Madrid. «No había querido rebelarme antes y tampoco quiero sumarme a los rebelados en esta ocasión.» Parecía empeñado en dejar

³⁸ *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 7 de marzo de 1939, pp. 1-3.

³⁹ *Ibidem*, p. 3.

⁴⁰ Enrique MORADIELLOS: *Negrín...*, pp. 463-466.

claro que no era partidario de las rebeliones, posiblemente para disipar cualquier duda que la carta de adhesión a Franco pudiese seguir generando.⁴¹

En cuanto a la cuestión de la legitimidad del Gobierno y de la Permanente Portela creía que lo lógico era que ambos poderes se apoyasen, pues criticarse u oponerse uno a otro no era más que despojarse de autoridad a sí mismos, y nada ganaban con ello. Sólo «una rebelión más, una división más, un dolor más para la República.» Con su intervención, Portela logró templar los ánimos y encauzar las diferentes voluntades en la búsqueda de soluciones para aprobar la existencia de ambos poderes. Para ello, los diputados se dispusieron a hacer una declaración que los legitimase, aunque para conseguir ponerse de acuerdo hubieron de ir párrafo a párrafo. Cuando el diputado socialista Ramón Lamóneda propuso que se nombrase una comisión que fiscalizase la gestión del Gobierno, surgieron nuevas tensiones y Martínez Barrio amenazó con dimitir si se aprobaba dicha enmienda, pues en su opinión esto suponía compartir una responsabilidad sobre la que la Permanente no tenía autoridad. Portela intervino de nuevo para pedirle que no dimitiera y no colocase a la Diputación en una situación de colapso, ya que no podrían elegir un nuevo presidente de las Cortes. Sería la República la que saldría perdiendo al verse privada de uno de los poderes institucionales que podía conservar. Poderes que precisaba lo más intactos posible mientras esperaban que la nueva situación internacional reabriese el camino republicano.⁴²

La propuesta que reconocía la legitimidad del Gobierno y de la Permanente se aprobó finalmente sin la dimisión de Martínez Barrio. El escollo se había salvado, pero esta sesión mostraba que la división seguía existiendo en el seno de los poderes republicanos. La guerra había terminado, pero no los problemas.

Algunas consideraciones finales

*Ando moiatafegado. Os días fíxenme dos pés. Da Europa, vella e indecente, hai que fuxir. Quero rematar unstraballos e tomar o barco para velos, abrazalos e escomezar nova vida.*⁴³

En abril de 1939, Portela escribía a su amigo, el intelectual y político galleguista, Alfonso Daniel Rodríguez Castelao. Dejaba atrás una guerra y estaba seguro de que se disponía a dar sus primeros pasos de otra. Intuición que se convirtió en creencia en agosto, cuando se convenció de que el estallido del conflicto europeo era inmediato. A pesar de que la posibilidad de un conflicto internacional le hacía albergar la esperanza de que el Gobierno de Franco cayese antes, quería alejarse de Europa. En cualquier caso, se mostraba esperanzado y opinaba que incluso en el escenario deseable pero improbable de que se evitase el enfrentamiento, los totalitarismos

⁴¹ *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31 de marzo de 1939, p. 3.

⁴² *Actas de la Diputación Permanente de las Cortes*, 31 de marzo de 1939, pp. 25-34

⁴³ Carta de Portela Valladares a Castelao, 8.04.1939. Fundación Penzol, CA 742/ 3(5)

quedarían tocados «*e con eles o destino de Franco*». Eso le hacía confiar en que podría volver a casa algún día. Consciente de la influencia del nuevo conflicto para la situación española, su deseo era seguir trabajando por la República, aunque quería hacerlo lejos de Europa. Acababa de cumplir setenta y dos años, no había recuperado sus bienes y vivía de su trabajo, entre las dietas de diputado y su papel dentro del SERE. Esto, a pesar de todo, lo dejaba en una posición económica más ventajosa que la de la mayor parte de los exiliados. La experiencia de la Guerra Civil pesaba demasiado, pero no tanto como para no querer empezar de nuevo en América. Quería reunirse con los amigos y compañeros que habían sobrevivido y que se habían refugiado al otro lado del Atlántico. Sus opciones de destino favoritas: Chile, Cuba, Estados Unidos o México. Sus planes: dar conferencias, editar sus memorias, seguir vivo en la política republicana.

Pero no lo consiguió. Sufrió una nueva guerra, que vivió bajo arresto domiciliario de la administración de Vichy. Al igual que otros republicanos, como Luis Nicolau d'Olwer, Julio Álvarez del Vayo, Josep Tarradellas, Julián Zugazagoitia o Lluís Companys, fue perseguido por el Gobierno de la Francia ocupada a instancia de la Embajada española. Las autoridades franquistas, apelando al cumplimiento del Acuerdo Jordana-Bérard, exigían la incautación de los bienes de los exiliados republicanos, especialmente de los responsables de las organizaciones de ayuda a los refugiados. Al frente de estas campañas de acoso estaban el inspector Víctor Druillet, anticomunista furibundo que dirigió durante la guerra una compleja red de espionaje franquista, y Pedro Urraca, policía español encargado de supervisar las campañas de persecución, arresto y eliminación de los líderes republicanos. Portela fue una de sus víctimas. El 9 de diciembre de 1940 recibió la visita de una patrulla comandada por estos dos siniestros personajes. Registraron la habitación que ocupaba en una pequeña pensión del sur de Francia, requisaron todos los papeles y los bienes que conservaba junto a él y lo detuvieron bajo la acusación de liderar un complot contra Franco y haber ocultado joyas y valores robados al tesoro español. Permaneció dos semanas detenido sin acceso a su medicación y con una alimentación deficiente. La siguiente jugada del Gobierno franquista fue solicitar su extradición, siguiendo la misma estrategia que en los casos de Zugazagoitia o Companys. Portela logró sortearla in extremis en dos ocasiones, entre otras cosas, gracias a su feroz empeño en llamar la atención sobre las tropelías de Druillet y denunciarlo ante la justicia francesa, que, pese a su colaboracionismo, terminó investigándolo por usurpación de funciones y falsedad documental. Protegido por el mariscal Pétain y el embajador Lequerica, Druillet acabó por librarse de la prisión y terminó sus días en el Alto Ampurdán, amparado por el franquismo tras la Segunda Guerra Mundial como otros fascistas huidos. Interrogado también por la Gestapo, Portela permaneció bajo arresto domiciliario hasta la liberación.⁴⁴

Tras la victoria aliada, comenzó a recuperar la salud, maltrecha tras seis años de penalidades. Y con ella, el afán por volver a mediar y colaborar en el relevo del Gobierno y del

⁴⁴ Archivo Nacional de Francia BB/18/3207; Jordi GUIXÉ COROMINAS: *La República perseguida. Exilio y represión en la Francia de Franco, 1937-1953*, Valencia, Publicaciones de la Universitat de Valencia, 2013; Arturo COLORADO CASTELLARY: *Arte, revancha y propaganda. La instrumentalización franquista del patrimonio durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Cátedra, 2018, pp. 343-347.

régimen en España, confiando en que el franquismo sería el último fascismo que caería tras el final de la guerra. El cambio de orientación de la política internacional frustró sus planes y pronto asumió que no llegaría a ver la caída de Franco, convencido de que la división del mundo en bloques y la capacidad de adaptación del general, lo mantendrían en el poder hasta su muerte. Confiaba que, al menos entonces, España consiguiera volver a una democracia parlamentaria y que las enseñanzas del siglo XX contribuyeran a que esa nueva oportunidad fuese la definitiva. Murió en Bandol en 1952. Jamás volvió a salir de Francia.⁴⁵

El repaso de la experiencia bélica de Manuel Portela Valladares no sólo permite asomarnos a las penurias y peripecias vitales que sufrió en sus últimos años quien fuera presidente del Consejo de Ministros de la Segunda República. Más allá del relato personal, su caso ejemplifica las dificultades que atravesaron durante la Guerra Civil y el franquismo los republicanos liberales, aquellos políticos e intelectuales sociabilizados políticamente en la Monarquía, defensores del orden constitucional, que se vieron alejados de ella después de que Alfonso XIII respaldase el golpe de Primo de Rivera y que tras siete años de dictadura, transitaron con mayor o menor rapidez y entusiasmo hacia el republicanismo. El suyo fue un republicanismo más o menos convencido en los primeros tiempos, pero terminó enraizado en el sistema por su pragmatismo político, que les hacía creer en el orden establecido mientras esté garantizada la legalidad, la paz social, el constitucionalismo y los mecanismos propios de la democracia parlamentaria. Defensores del poder civil, desconfiados del militarismo y horrorizados por la violencia, la paulatina brutalización de la política que invadió la vida pública europea en los años 30 los puso frente a un modo de enfocar la resolución de conflictos que no compartían ni sabían cómo gestionar. Su incomodidad fue absoluta tras el golpe de julio de 1936 y más aún, cuando este se convirtió en una guerra civil con intervención soterrada de intereses extranjeros y vocación de una resolución no democrática sino totalitaria. La situación revolucionaria que se vivió en la retaguardia republicana, especialmente en las ciudades de Madrid y Barcelona, durante los primeros meses dificultó su identificación con el bando gubernamental, aquel que por lógica legal consideraban el legítimo frente a un bando golpista y liderado por el poder militar. Sin embargo, les costaba reconocer en los partidarios del Gobierno a los defensores de una República democrática al ver que la persecución que sufrieron los sectores derechistas y religiosos más próximos a los rebeldes se llevaba por delante las garantías judiciales, a otros sectores conservadores pero legales e incluso a los republicanos de centro y centro izquierda que se identificaban con la tibieza. Muchos de ellos, sintiéndose en peligro, abandonaron el país. Algunos, como Gregorio Marañón o José Ortega y Gasset se declararon neutrales, aunque su neutralidad los llevó a apoyar implícitamente el lado franquista. Otros mantuvieron una neutralidad real y se concentraron en conseguir una mediación internacional pacificadora, como Alfredo Mendizábal, el impulsor del Comité Español de la Paz Civil. También los hubo quienes, como Santiago Alba, se sumaron a los rebeldes enseguida. Pero tampoco se sintieron a gusto en la “nueva España”. El propio Alba, tras pasar la Guerra Civil en Londres contribuyendo al reconocimiento y apoyo del

⁴⁵ *Ibidem*; Pilar MERA COSTAS: op. cit., pp. 334-347.

Reino Unido a la España de Franco, fue atacado por un grupo de falangistas a su regreso a Madrid tras la guerra. Humillado y sin reconocerse entre los vencedores, Alba abandonó España y tampoco regresó jamás. Si el franquismo no fue capaz de acoger a los liberales que lo apoyaron, ¿qué podría hacer con quienes, como Portela, intentaron mediar, buscar una solución pacífica o apoyaron abiertamente al bando republicano?

Portela perteneció a un último grupo, quizá el más numeroso. El de los republicanos liberales que pese a su incomodidad ante la guerra, pesa a iniciarla en tierra de nadie y en la mayor parte de los casos verse obligados a huir para salvar su vida, se mantuvieron cercanos a la República y defendieron su posición y sus valores incluso cuando sintieron que era el Gobierno o sus partidarios los que no lo hacían. Políticos como Alcalá-Zamora, Clara Campoamor o Felipe Sánchez Román. Intelectuales como Manuel Chaves Nogales, Arturo Barea o Irene Polo. Terminada la guerra, el franquismo los persiguió con especial saña y la mayor parte jamás regresó a España. Muchos de ellos, además, carentes de un proyecto político que los reconozca como sus mayores o dispute su herencia y su legado, han permanecido semiperdidos en el olvido durante décadas, incluso tras la llegada de la democracia.

No quiere decir ello que la trayectoria de Portela y la de sus próximos ideológicos fuese impoluta. La del político pontevedrés está llena de momentos contradictorios, de dudas e idas y vueltas. Portela, como los viejos liberales con los que compartió credo y trayectoria, tuvo que lidiar con la desventaja de actuar con los modos aprendidos en un mundo diferente, sin terminar de entender los nuevos elementos y desbordado por la progresiva brutalización de la política. Su proyecto durante la guerra, fue el intento de configurar una alternativa liberal-demócrata, pero su dispersión y la extrema debilidad de sus recursos fue un obstáculo insalvable. Sin embargo, entre tantas propuestas de miras cortas y que coqueteaban con la violencia sin medir las consecuencias, cuando no se abrazaban a ella con convicción, el discurso, los valores y las prácticas de estos viejos liberales sonaban a democracia.